



LOS QUE MUEREN

VICENTE MEQUE ALZOLA



† el día 18 del corriente.

Hemos experimentado otra sensación dolorosa, otro golpe que sufre el afecto, el todo de un temperamento que ama, siendo causa de ello la desaparición del amigo, quedando sólo en el intervalo de un momento á otro, el cariño del ser al no ser.

¡Querido Meque!

Unas horas solamente que estuvimos juntos en la calle, y al poco tiempo Meque, el donostiarra Meque, quedaba extendido sobre el lecho.

Su agonía ha sido sólo de segundos.

Feliz él, ha fallecido como deseaba, instantáneamente, y decimos feliz él pues era buenísimo y estuvo siempre dispuesto á cualquier obra de bien, y el sentimiento nos dicta que Dios acoge el alma de los hombres que supieron aliviar en la tierra la desgracia del pobre.

Pues bien, tus amigos fueron los pobres y el cielo te habrá acogido ya en su seno.....

.....!!

De esto hace años, allá por los días de 1867, Meque había aprobado en la Escuela de Náutica de esta ciudad, las clases de Geografía, Fí-

sica, Astronomía, Armaduras de barcos, Dibujo de Atlas, etc., etc.; Meque terminaba el pilotaje y para entonces había practicado también algunos viajes por los puertos del Norte.

Un día, el amigo Meque le habló á su madre en estos términos:

—Madre, me he preparado; la semana que viene me voy, como agregado, para la Habana.

Pero su madre le contestó llorosa con estas frases:—Mira, hijo, por Dios, por mi voto, no vayas, no seas nunca marino, atiéndeme, no llores a dirigir barcos.

Y efectivamente, Meque abandonó los instrumentos de náutica obedeciendo á la advertencia de su madre, dejó la carrera de marina para dirigir en tierra trabajos de distinta índole.

El llorado amigo, ha sido hasta su muerte un buen constructor de obras de las llamadas de cal y canto.

Buena parte de San Sebastián nuevo, ha sido levantada bajo su inspección; han trabajado á sus órdenes muchos obreros, y á todos sus trabajadores, les ha acogido siempre con toda aquella afabilidad con que siempre le inspiró el gremio.

Los campesinos y los pescadores de esta jurisdicción le trataron siempre con marcada deferencia, con esa distinción que la gente de mar y los habitantes de nuestros caseríos señalan á los suyos.

El carácter del finado fué siempre alegre, jamás se le conoció un momento de Asonomía obscura.

Entusiasta de los días donostiarra, de los días de San Sebastián é Iñauteri.

Meque siempre habló en bascuence y lo hablaba admirablemente, sin fijarse siquiera, con expontaneidad.

Sin que lo conociera él, era su lenguaje seguro, claro, con esa armonía de los párrafos largos, sujeto á ese estilo local de suma gracia, en conformidad con cuanto consignaron los que estudiaron ese bascuence que desaparece.

Repito, sin saberlo el mismo Meque, puedo asegurar, que su bascuence era de toda preciosidad.

A todas horas, observaba su conversación, y sin que nadie me conociera, exclamaba para mis adentros:—Me encanta el bascuence de este hombre.

.....

.....

Pues señor, los donostiarra se empeñaron en hacerle concejal de este Ayuntamiento y, á Meque, se le mando al Concejo municipal cargado con una cantidad tremenda de votos.

Otra vez el pueblo quiso hacerle diputado provincial, y Meque entró en el Palacio de la plaza de Guipúzcoa, con otra votación también lucidísima.

Meque Alzola acarició toda la vida, la idea republicana.

Al funeral que tuvo lugar en la parroquia de San Vicente, el San Sebastián donostiarra acudió en masa, creemos con seguridad que pocas veces se habrá reunido con tal motivo tanta gente en la iglesia de San Vicente.

La conducción del cadaver se hizo en hombros de sus amigos tributándole homenaje público del cariño que le profesábamos todos.

Y yo, desde estas líneas, elevo una oración á su memoria, y no olvidaré la pérdida de una relación que me priva el poder hablar bascuence donostiarra con quien, como Meque Alzola, presentaba verdadero carácter de aquí en todos sus actos.

¡Descanse en paz!

Agur, adiskide maitea!

F. LÓPEZ-ALÉN.

